



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: José María Arguedas y yo: ¿un breve encuentro o una cita frustrada?

Autor: Favre, Henri

Forma sugerida de citar: Favre, H. (1996). José María Arguedas y yo: ¿un breve encuentro o una cita frustrada?. *Cuadernos Americanos*, 2(56), 23-31.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 56, (marzo-abril de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Exécepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by/-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS Y YO: ¿UN BREVE ENCUENTRO O UNA CITA FRUSTRADA?

Por *Henri FAVRE*
DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN,
CNRS, FRANCIA

AL SALIR del Instituto de Estudios Peruanos esa noche, no experimenté, por cierto, la sensación de haber tomado parte en un acontecimiento que pudiese figurar en las crónicas literarias o que mereciese una mención en los anales políticos.

José Matos Mar organizaba periódicamente, en la gran casa neocolonial del Campo de Marte, encuentros entre creadores, críticos literarios y científicos sociales. En respuesta a su invitación, Alberto Escobar, José Miguel Oviedo, Sebastián Salazar Bondy, Jorge Bravo Bresani y yo nos habíamos reunido en torno a José María Arguedas para discutir sobre *Todas las sangres*, novela que el hombre de letras había publicado apenas unos meses antes en Buenos Aires. En razón de la vigorosa intención social que la obra manifestaba, parecía proporcionar una materia ideal para una de esas mesas redondas durante las cuales el Perú se rehacía con un gran espíritu de sistema. No obstante, la discusión había sido un tanto aburrida. Ninguna de las intervenciones había superado el nivel de la exposición académica en lo que ésta puede tener a la vez de chato, pesado y conformista. Creo que al finalizar la reunión, todos éramos conscientes de que la obra no nos había inspirado sino comentarios insípidos. Uno de nosotros intentó salir con elegancia del apuro al escribir, a la semana siguiente, en un periódico en que tenía una columna, que la mesa redonda había sido capturada por los científicos sociales. En realidad, la mesa se había hundido en la mediocridad general, y las trivialidades hilvanadas por ese distinguido crítico habían contribuido en justa medida al naufragio.

Muchos años después, cuando hacía ya tiempo que Arguedas había muerto, aquella velada del 23 de junio de 1965 habría de ser

reconstruida en el recuerdo, y el debate que se había desarrollado en ella cobró un nuevo significado. La mesa redonda se convirtió en un tribunal de la Inquisición cuyos jueces habían precipitado al novelista en una desesperanza sin remedio, después de pronunciar contra su obra una sentencia condenatoria sin apelación. Se transcribió y publicó la grabación de las intervenciones, que milagrosamente había aparecido en el fondo de un armario. Las palabras que el tiempo había dejado subsistir en las cintas magnéticas, y sobre todo aquellas que se habían borrado por su acción, pero que cada uno reconstruía al gusto de su imaginación, aportaron la prueba de la iniquidad del proceso. Proporcionaron inclusive la explicación del trágico fin del hombre sobre el cual había recaído el veredicto. La indignación llegó al colmo, pues mientras tanto *Todas las sangres* había hecho renacer otra vez esa ‘‘utopía andina’’ a la que se aferran desde siempre, en periodos de incertidumbre, todas las nostalgias peruanas. Una cierta izquierda nacionalista, que había transformado el entierro de Arguedas en mitin político y que tejía en torno a la figura del difunto una piadosa leyenda, consideraba la novela como un manifiesto, de modo que todo aquel que no la alabase resultaba no solamente un perfecto beocio, sino además un reaccionario empedernido. Al empujar al autor al suicidio ¿no se había querido matar la esperanza de una revolución nacional surgida de lo más hondo de la andinidad?

Los científicos sociales fueron particularmente acusados, y yo era, quizás, el primero a quien se dirigió la puntería. Según Nelson Manrique, yo habría sido el que mayor crueldad mostró. Para Alberto Flores Galindo, los conceptos que yo había expresado eran insignificantes, pero su efecto —entiéndalo quien pueda— había sido devastador.

Un ensayo de inspiración vagamente posmodernista que ha publicado hace poco la editorial de la Universidad Católica de Lima, con un prefacio de Francisco Miró Quesada, va mucho más lejos.¹ En doscientas ochenta y cuatro páginas aderezadas con citas extraídas de mis trabajos y aportadas como evidencias de cargo, me veo acusado no solamente de haber subyugado a Arguedas, sino además de haberme valido del ascendiente que supuestamente ejercía en el infortunado novelista para someterlo a una especie de terrorismo cientificista. ¿Sería yo capaz de semejante refinamiento

¹ Carmen María Pinilla, *Arguedas: conocimiento y vida*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

en el sadismo? Admitámoslo como hipótesis. Pero para que yo pudiese haber tenido la posibilidad de ser efectivamente culpable de la abominación que se me imputa, habría sido necesario que hubiese mantenido con la presunta víctima una relación larga, estrecha y, para decirlo todo, simbiótica.

Ése no fue el caso.

* * *

Cuando se realizó la mesa redonda, yo me preparaba a partir del Perú, donde acababa de concluir mi primera estancia. Había llegado dos años antes, en calidad de investigador del Instituto Francés de Estudios Andinos, que tenía su sede en Lima en el fantasmal edificio Rimac, y al cual el gobierno del general De Gaulle se proponía dar nuevo brillo en el marco de su política de irradiación cultural cuya puesta en práctica se hacía posible por el fin de la Guerra de Argelia. Se habían creado dos plazas en las cuales se sucederían jóvenes científicos sociales franceses conforme a un ritmo bienal. Yo había postulado a una de ellas, presentando en apoyo a mi candidatura un proyecto de estudios que se inscribía en la línea de las investigaciones que había emprendido anteriormente en México, y que versaba sobre las relaciones etnosociales en Huancavelica. El azar había hecho lo demás.

A mi llegada a Lima, había tomado contacto con el Instituto de Etnología de la Universidad de San Marcos, que animaba con dinamismo, antes de asumir la dirección del Instituto de Estudios Peruanos —cuyo proyecto apenas se esbozaba por entonces— José Matos, bajo la sombra tutelar de Luis Valcárcel. Matos me había presentado al círculo de sus íntimos, en el cual se me dio de inmediato un lugar. Fue de esa manera que conocí a Alberto Escobar, Jorge Bravo, Sebastián Salazar Bondy, a su hermano Augusto y a otros representantes de la *intelligentsia* limeña con los que me vinculé. Desde nuestro primer encuentro, Sebastián y yo sentimos viva simpatía el uno por el otro, de la cual nació una amistad que la muerte rompería prematuramente. Delicado, sensible y refinado, Sebastián desapareció en el momento en que su obra estaba llegando a la madurez. Mis relaciones con Jorge, hoy también desaparecido, iban a ser diferentes. Fundadas en la estimación mutua, se templaron poco a poco en las interminables discusiones en el curso de las cuales nos enfrentábamos sobre los temas más diversos, a veces con extremado vigor, pero sin atentar jamás contra las reglas de la

cortesía. En la Lima algo provincial de comienzos de los sesenta, Jorge se mantenía al tanto de las últimas ideas que Europa ponía de moda. Hombre de vasta cultura, debía a su formación científica un espíritu cuyo vigor yo apreciaba. Era también un dialéctico temible, de manera que yo disfrutaba grandemente de nuestras justas intelectuales, y creo que ese placer era compartido por él.

A pesar de que Arguedas frecuentaba ese pequeño círculo, la mayoría de cuyos miembros procedían del Movimiento Social Progresista, y de que cultivaba con algunos de ellos una sólida amistad, no formaba, propiamente hablando, parte del mismo. Algunos meses de desafortunado activismo en los años treinta lo habían apartado definitivamente de todo compromiso político. Es verdad, era antianqui, pero ¿quién, en esa época, se confesaba proimperialista? Deseaba un Perú fuerte, unido y libre, pero ¿quién quería un país débil, dividido y avasallado? Aplaudía las campañas de alfabetización que Fidel lanzaba en Cuba, pero ¿quién militaba a favor del analfabetismo en las masas populares? Tan vagas opiniones no permitían ubicarlo en el abanico de los partidos, que despertaban en él, todos sin excepción, una instintiva desconfianza.

Fue en casa de mis nuevas relaciones limeñas que lo encontré por primera vez. Se le había informado ya sobre las razones que me habían hecho venir de Francia. Cuando le fui presentado, me miró de arriba abajo y dijo con irónica condescendencia: “¿Así que usted es el que va a estudiar a los indios de Huancavelica?”. Y se alejó luego, sin escuchar la embarazada respuesta que debí de balbucear. Esa acogida desprovista de cordialidad contrastaba con la que se me había dispensado hasta entonces, no exenta de curiosidad o de indulgencia, pero siempre impregnada de simpatía. Era evidente que Arguedas no me tomaba en serio. ¿Creía que Perú era de tal manera “idiosincrático” que un extranjero que se proponía estudiarlo o que trataba de comprenderlo daba con ello prueba de una inconmensurable ingenuidad? Estaba muy difundida por entonces la creencia de que sólo un peruano de cepa, en cuyas venas corriera de preferencia una cantidad de sangre india y otra igual de española, podía tener alguna posibilidad de llegar a entender la “realidad peruana”, que suscitaba mucha perplejidad. No era raro toparse con tal creencia hasta en los corredores de la Universidad de San Marcos. Pero se me la había expresado, y se me la expresaría otras muchas veces, con más de compasión por mi proyecto que de ironía hacia mi persona.

Lo volví a ver un domingo en que Matos, Sebastián, Jorge y yo habíamos decidido pasar en familia en el restaurante campestre La

Granja Azul, situado en las afueras de Lima. Arguedas vino a reunirse con nosotros, y aunque yo me hallaba sentado cerca de él, no se dignó dirigirme la palabra durante toda la comida. Una vez que acabó su pollo con papas fritas, dejó la mesa para ir a *flirtear* en los jardines con la que se habría de convertir finalmente en su segunda esposa. La distancia en que él me mantenía, y que hacía tan ostensible, me consternaba; pero yo no me daba por ofendido. Después de todo, el desconocido de veinticinco años que era yo no podía alimentar la pretensión de cautivar la atención de un personaje tan calificado. En efecto, Arguedas ocupaba un lugar de primera fila en las letras peruanas, y su importancia se veía consagrada por el cargo de alto funcionario de la cultura al cual el gobierno lo había ascendido. En otros países de América Latina, una nueva generación literaria influida por Faulkner y Hemingway había dado vuelta ya a la página del indigenismo. Pero en Perú, donde Mario Vargas Llosa no había tenido aún tiempo de dar forma a las promesas desbordantes de *La ciudad y los perros*, la literatura indigenista continuaba predominando sin objeción. Desde el momento en que Ciro Alegría se había callado, Arguedas se había convertido en su inobjetable representante. Liberándose de muchas convenciones a las que dicha literatura sometía de modo uniforme a los autores, la enriquecía con una obra cuyo lirismo constituía su originalidad y su encanto. Yo había leído esa obra muy personal en París, y no me había dejado insensible.

Todas las sangres no me produjo la misma seducción. Poco después de su publicación, había logrado procurarme un ejemplar en Huancavelica, donde me había establecido a fines del año 1963 para ‘estudiar a los indios’. Me pareció, de todas las novelas de Arguedas, la más ambiciosa pero la menos lograda. El escritor había colaborado allí estrechamente con el etnólogo que él también era, a fin de develar la sociedad peruana en toda su complejidad, con sus contradicciones sociales y culturales, sus desgarramientos entre pasado y porvenir, pero los resultados no estaban a la altura de las pretensiones. La obra sonaba a falso. El mundo de la burguesía urbana y de la economía moderna se encontraban groseramente caricaturizados. En cuanto a la descripción que se ofrecía del universo tradicional de los Andes, correspondía a lo que era treinta o cuarenta años atrás, antes de que se difundiera la escuela, que entrara de lleno el mercado en él, y que la politización y la sindicalización abrieran a sus poblaciones denominadas indias la vía de una modernidad ‘cholicante’. Que se entienda bien: un creador tiene el

derecho imprescriptible de tomarse soberanamente todas las libertades con lo real para producir un efecto estético. Pero un novelista que pretenda crear una obra realista debe reflejar la realidad social con una cierta verosimilitud, bajo pena de fracasar.

Me sentí, pues, decepcionado. El amable pintor de escenas de la vida aldeana había emprendido un vasto fresco semejante a aquellos con los que Rivera cubría los muros de México, y había agotado en ello sus fuerzas y su talento. Sebastián, a quien vi unos días antes de la mesa redonda, no estaba en desacuerdo conmigo en que *Todas las sangres* adolecía de ciertas debilidades, entre las cuales la inconsistencia del personaje central no era la menor. Pero, fascinado por las intenciones del autor, se hallaba inclinado a manifestar indulgencia por la obra. Jorge, con quien también conversé al respecto, se mostraba más severo. Ambos constatamos, con un poco de despecho, que al menos por esta vez compartíamos las mismas opiniones, y que no habría por tanto ningún debate entre nosotros. Lo que más nos molestaba a uno y a otro en la novela era la visión pasadista y arcaizante de Perú que se desprendía de ella. Al recuperar más tarde esta visión, al hacerla suya, la izquierda peruana iba a mirar el porvenir a través de un espejo retrovisor. ¿Puede uno asombrarse, entonces, de que haya ido ahora a dar a la cuneta?

Durante la mesa redonda, me pareció que si *Todas las sangres* suscitaba en los participantes un eco más o menos favorable, ninguno encontraba la obra francamente buena. Quizás para no herir la susceptibilidad de Arguedas, Escobar y Oviedo, que por lo general daban prueba de finura y agudeza en el análisis literario, se entregaron a una laboriosa explicación textual que llevaba a la conclusión de que la novela presentaba seguramente un interés sociológico. Jorge y yo, apoyados desde la sala por Aníbal Quijano, nos vimos obligados a confesar que no era así. Y tuvimos también que decir por qué.

Lo que siguió es conocido. Esa misma noche, Arguedas confiaba a su pluma, no sin alguna teatralidad, la decisión súbitamente adoptada de huir de Lima para refugiarse en lo más recóndito de Apurímac y llamar allí a la muerte. La enfermedad que le hacía ver insolubles sus problemas sentimentales lo hundía ya en frecuentes estados de abatimiento. Sin embargo, si el golpe que acababa de sufrir había lastimado su amor propio de escritor, dudo que lo hubiese alcanzado tan profundamente como para conducirlo al umbral de la depresión. Ardiente, dolorosa incluso, la herida no dejaba de ser superficial. Dos o tres días más tarde, en efecto, en horas de la noche, se presentaba en mi hotel y preguntaba por mí.

Para comenzar, se disculpó con una cortesía afectada por visitarme de improviso; habría debido llamarme por teléfono, convenir previamente una cita, a fin de no parecer inoportuno. Luego se disculpó por ofrecerme un ejemplar de su cuento *El sueño del pongo*, que sostenía en una mano, en el pliegue impecable de un pañuelo blanco, y que había exornado para mí con una dedicatoria florida e hiperbólica; se consideraría halagado si yo me dignara echarle una mirada en uno de mis ratos libres, que él imaginaba raros. Por fin, se disculpó por solicitar de mi benevolencia una entrevista; las doctas consideraciones que yo había expuesto a lo largo de la mesa redonda le habían interesado mucho, y deseaba vivamente tener el gran privilegio de escuchar en detalle lo que el eminente sociólogo que era yo había observado de tan novedoso en Huancavelica.

Quedé pasmado. ¿Se burlaba de mí? ¿No se estaba tomando una aristocrática revancha sobre el joven atrevido que había cometido un atentado contra la última —y la más cara— de sus obras?

No sé con exactitud cuánto duró la conversación. Lo que recuerdo es que se prolongó hasta avanzada la noche. Con la espalda rígida, los codos pegados al cuerpo, las nalgas posadas en el borde del sillón, Arguedas la dirigió de comienzo a fin en esa actitud hierática, haciendo que yo hablase de las comunidades y haciendas en las que había estado, de los centros mineros en los que había realizado encuestas, de la arquitectura de las iglesias rurales que había visitado en el curso de mis recorridos, de la forma y de los colores de los vestidos que llevaban las mujeres de las aldeas con ocasión de las fiestas patronales a las que había asistido. Su curiosidad parecía insaciable. Sin interrumpirme ni por un momento, aprovechaba alguna breve pausa para orientar mi relato en la dirección que él deseaba, o para pedirme con voz suave pero firme una precisión cuyo interés yo no llegaba siempre a captar de inmediato. En suma, dominaba a maravilla todas las técnicas de la entrevista semidirigida.

Durante las semanas que antecedieron a mi partida, nos encontramos todavía tres o cuatro veces, siempre a su pedido. Generalmente venía a buscarme en auto para llevarme a un café de Miraflores o de Chorrillos, disculpándose de antemano por el hecho de que no tuvieran la elegancia que ofrecían, según creía, todos los despachos de bebidas parisinos. Su conducta al volante era aterrador, y yo veía llegar con alivio el término de nuestro recorrido. Pero la distancia que se ingeniaba en mantener entre su persona y la mía, rodeándome ahora de un respeto indebido cuyos signos exteriores exageraba, me incomodaba aún más. Era sin duda su manera de proceder con los informantes: al instilarles un sentimiento

de importancia, pensaba obtener más fácilmente lo que esperaba de ellos. A treinta años de distancia, no encuentro mejor explicación a ese extraño comportamiento que invertía el orden de nuestros primeros contactos sin cambiar por ello su naturaleza.

A lo largo de los interminables monólogos a los que él me obligaba, tuve en varias ocasiones la impresión de ser un valiente explorador que había regresado de una comarca lejana, inaccesible y maravillosa, que otrora él había conocido íntimamente pero de la cual había sido desterrado, y con la cual había perdido todo contacto directo desde hacía mucho tiempo. El explorador le informaba que esa comarca había cambiado, y que los paisajes sociales no correspondían exactamente a la idealizada imagen que él se hacía desde el exilio. ¿Cómo, por qué y hasta qué punto había cambiado? Eso era lo que Arguedas deseaba ávidamente saber. El resto, incluido yo, le importaba poco. Sus papeles personales de la época, que mencionan a un tal "Louis Favre", atestiguan que ni siquiera se tomó el trabajo de recordar correctamente mi nombre.

A la incomodidad se añadía la frustración. Si yo me sometía a sus interrogatorios, era con la secreta esperanza de que llegara el día en que a su vez él también hablara. Mi curiosidad no era menor que la suya, a pesar de que se situaba en un plano muy diferente. Yo tenía mil preguntas que plantearle sobre su arte, sobre su manera de luchar contra las palabras rebeldes que el escritor debe domar y amaestrar, así como el escultor debe vencer la resistencia del mármol para hacer que surjan las formas. Esa lucha que él había librado una vez con notable habilidad, como lo prueba *La agonía de Rasu Ñiti*, a la cual considero una pequeña obra maestra. Pero Arguedas eludió todas mis preguntas, y no conseguí, en definitiva, sino la confianza de que lo que yo le contaba le serviría para escribir más tarde una novela cuya trama, según me dijo, ya había urdido.

No considero útil decirme nada más al respecto.

* * *

No retorné a Perú sino hasta el comienzo de la primavera austral de 1968. En París, los viejos dinosaurios de la Sorbona, que algunos meses antes habían abdicado sin gloria ante el motín estudiantil, volvían a posesionarse de sus cátedras y daban caza a aquellos que, como yo, habían aprovechado la crisis para intentar, desde las muy modestas posiciones que ocupaban, modernizar la esclerótica institución universitaria. Con razón nos consideraban más peligrosos que toda la muchedumbre vociferante

de quienes participaban en el psicodrama revolucionario de mayo, que mansamente habían vuelto a lo que en realidad nunca habían dejado de ser: unos pequeñoburgueses. El director del instituto en que yo trabajaba me había dicho: "Tome el dinero que desee y lárguese entre sus indios". Luego, dándome la espalda, había murmurado con voz suficientemente alta para que yo pudiese escucharlo: "Lástima, no más, que no sean caníbales". Por primera —y última!— vez en toda mi carrera científica disponía de un presupuesto decente para mis investigaciones.

A pesar de que me habría sido grato saber el estado de avance de la novela para la cual Arguedas había obtenido tan hábilmente mi contribución, no traté de encontrarme con él. A decir verdad, pasé por Lima a toda prisa, para instalarme en el fondo de un pequeño valle andino recorrido por un río de aguas garzas en el cual estaba engastado el pueblecito de Moya. En este lugar encantador pasé uno de los años más felices de mi existencia.

Cuando bajé a Lima al año siguiente, Arguedas se hallaba en Chile desde hacía cierto tiempo. Ninguna de nuestras amistades comunes me pudo decir con exactitud cuándo regresaría.

Me enteré de su muerte algunos meses después en París, así como del aprovechamiento para fines políticos de su cadáver aún tibio.

De la novela que había comenzado no se encontraría más tarde sino el borrador de algunas páginas.²

Québec, noviembre de 1995

² Páginas publicadas en José María Arguedas, *Obras completas*, Lima, Univer-
so, 1983, t. II.